

## CENTRO ASTURIANO DE MADRID

### Separata electrónica de la *Revista Asturias*

Nº 105–Madrid, 15 de octubre de 2013. ISSN versión digital 2255-1786

---

#### Conferencia

#### “LAS OLVIDADAS DE LA INDEPENDENCIA HISPANOAMERICANA”, por D<sup>a</sup> Ana Belén García López



Juana Azurduy



Policarpa Salavarrieta



Leona Vicario



Manuela Sáenz

#### Desarrollo del acto

Tras abrir el acto con salutación cordial a los asistentes, D. Valentín Martínez-Otero, a quien acompañaba D. Andrés Menéndez, presentó a la conferenciante, D<sup>a</sup> Ana Belén García López, natural de Grado, de la que seleccionó unos datos de su excelente currículum. Entre los muchos méritos de D<sup>a</sup> Ana Belén es de destacar, por la relación con el tema abordado en el Centro Asturiano de Madrid, la reciente publicación del libro: “Las heroínas silenciadas en las independencias hispanoamericanas”, una obra de investigación sobre la participación de las mujeres en las independencias hispanoamericanas. En este trabajo y en la conferencia, D<sup>a</sup> Ana Belén enfatiza que las mujeres -criollas, mestizas, indias y negras- de todas las clases sociales, estuvieron presentes en el proceso iniciado a principios del siglo XIX y que desembocó en la independencia de las colonias españolas en América y en la constitución de las nuevas Repúblicas americanas.

A despecho de su participación activa, la historia ignoró o silenció a las mujeres. Por eso, ahora, dos siglos después, es de justicia recordar lo que esas mujeres hicieron. De entre ellas, en la conferencia se repasó el papel de Juana Azurduy, del Alto Perú, donde se dio el primer grito libertario en la América Española; Leona Vicario, la mecenas de la independencia y la primera mujer periodista de México; Policarpa Salavarrieta, que nació, luchó y murió en el Virreinato de Nueva Granada, que daría origen a Colombia, Venezuela y Ecuador, y Manuela Sáenz, nacida en Quito, una amante de la Libertad y una auténtica Libertadora.

La conferencia, complementada con proyecciones, fue seguida con mucha atención y generó un interesante coloquio. La conferenciante recibió muchos aplausos y felicitaciones.

## **Palabras de D. Valentín Martínez-Otero, Presidente del Centro Asturiano de Madrid**

Buenas tardes a todos, señoras y señores, bienvenidos al Centro Asturiano de Madrid, Casa Regional decana de las españolas repartidas por el mundo. Una institución acogedora distinguida por la energía intelectual y por la calidez convivencial, una singular “embajada de nuestra Asturias en Madrid” que, pese a los tiempos de dificultad y la merma de apoyos, firma con sus actos su compromiso sociocultural. Muchas gracias a D. Andrés Menéndez, Presidente Adjunto, por acompañarnos.

Llevamos pocos días de este nuevo curso, iniciado con la ilusión de siempre, y ya hemos podido disfrutar de actividades de lo más variadas: musicales, deportivas, teatrales, intelectuales... La semana pasada, en el marco del Día de la Hispanidad, hermosa realidad que se extiende a una pujante comunidad de pueblos fraternos, disertó en esta misma tribuna el Embajador de Chile en España, D. Sergio Romero Pizarro. Fue una conferencia magistral, didáctica, estimulante, esperanzadora, un verdadero canto a la alianza hispano-chilena y, por ende, a la unión, como diría Rubén Darío, de nuestras “inclitas razas ubérrimas”. En ese mismo contexto de la Hispanidad, hoy martes, nos complace enormemente contar con la presencia de D<sup>a</sup> Ana Belén García López, de quien ofrezco unos datos extraídos de su brillante currículum.

Es natural de Grado, Concejo centro-occidental de Asturias, Licenciada en Geografía e Historia, en la especialidad de Historia de América, título que obtuvo en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Alcalá de Henares, así como el Certificado de Aptitud Pedagógica.

Pertenece al Cuerpo de Gestión de la Administración Civil del Estado, en la que ha desempeñado diversos puestos en los Ministerios de Interior, Administraciones Públicas y Cultura. En la actualidad es Jefa de Servicio de Conferencias en la Subdirección de Cooperación Autónoma, perteneciente a la Dirección General de Coordinación de Competencias con las Comunidades Autónomas y las Entidades Locales del Ministerio de Hacienda y Administraciones Públicas.

Al margen de su labor en los Ministerios referidos, es autora del libro “Antonio Guzmán Blanco”. Colección Quinto Centenario de la Editorial Anaya. 1987 y coautora del trabajo de investigación en el Archivo Histórico Nacional de Madrid “El comercio entre España y América de 1754 a 1813 a través de las Compañías aseguradoras”, realizado en la Universidad de Alcalá de Henares, 1987. Como vemos, inició muy pronto su carrera investigadora.

Ha colaborado en la obra “Crónica de América” de la editorial Plaza y Janés en 1990. Ha participado en el Seminario Quincenal sobre la realidad de México del Programa de Estudios Hispano-Mexicanos, celebrado en el Instituto Ortega y Gasset durante el curso 1995-1996. También ha participado en las IV Jornadas sobre Tecnologías de la Información para la Modernización de las Administraciones Públicas, en Palma de Mallorca en 1995 y en la exposición del mismo Ministerio en la VII Asamblea de la Federación española de Municipios y Provincias, celebrada en Madrid en 1999.

Ponente del curso “Introducción de las nuevas tecnologías en la actividad docente”, de octubre de 2002 a mayo de 2003. Miembro colaborador de la Asociación Complutense de Investigaciones Socioeconómicas de América Latina (ACISAL). Miembro fundador, coordinadora y ponente del grupo de estudio y debate sobre la realidad americana “Tertulias Americanas”, que ha desempeñado su actividad durante 7 años en la Casa de América de Madrid y de enero de 2008 a finales de 2011 en el Museo de América de Madrid.

También es autora de los artículos “Presencia de la mujer en las corporaciones municipales (1979-2003)”, publicado en la revista administrativa “El consultor”, y “La participación de la mujer en la independencia hispanoamericana a través de los medios de comunicación”, publicado en la revista “Historia y comunicación social”.

Ponente en el Museo de América de Madrid, en la Casa de América dentro del II Encuentro Internacional “Mujer e Independencias Iberoamericanas”, en la Universidad Autónoma en el Seminario de Mujeres Ilustres en la

Historia y en el Ateneo de Madrid con varias conferencias sobre la intervención de las mujeres en las independencias hispanoamericanas y en la conferencia “Mujer ecuatoriana: objeto y sujeto de la revolución alfarista”, organizada por la Embajada del Ecuador (años 2012 y 2013).

Ha participado con el tema “Activismo de la mujer hispanoamericana en el s. XIX” en el III Congreso Internacional “Las Mujeres y la Esfera Pública”, que se celebró en la Universidad Carlos III de Madrid, en noviembre de 2012.

Ha realizado durante más de dos años una investigación sobre la participación de las mujeres en las independencias hispanoamericanas que ha dado lugar a un libro publicado recientemente con el título de “Las heroínas silenciadas en las independencias hispanoamericanas”.

Es todo un honor Ana Belén, paisana, que nos acompañes esta tarde, que compartas con todos nosotros tus conocimientos sobre esas mujeres que, aun cuando participaron activamente en los procesos independentistas hispanoamericanos, fueron silenciadas por la historia, a menudo escrita por hombres. Una conferencia, fruto de tus investigaciones, con la que reivindicas la dignidad y el recuerdo de mujeres protagonistas del nacimiento de las naciones hispanoamericanas. Quiero recordar de nuevo el libro que recientemente has publicado en la editorial Complutense: “Las heroínas silenciadas en las independencias hispanoamericanas”, porque estoy seguro de que muchos asistentes a este acto tras tu conferencia: “Las olvidadas de la independencia hispanoamericana”, querrán ampliar la información. Enhorabuena y gracias. Tiene la palabra Ana Belén García López. Muchas gracias.

### **“Las olvidadas de la independencia hispanoamericana”, por D<sup>a</sup> Ana Belén García López**

Hace 200 años se estaba librando en el entonces Imperio español en América una lucha que duraría casi dos décadas y que culminaría con la independencia de casi todas las colonias españolas en el continente y el establecimiento de las Repúblicas americanas.

En aquel proceso participó toda la sociedad colonial (hombres y mujeres criollos, mestizos, indígenas y negros), pero finalizado el conflicto bélico, a la hora de repartir honores y laureles, los sectores marginados fueron relegados y entre ellos las mujeres.

La sociedad patriarcal de la época minimizó el papel decisivo de las mujeres en el proceso independentista, en consonancia con su concepción de un ser inferior, menor de edad, subordinado a la voluntad masculina y excluido del espacio público. Por tanto, las mujeres fueron olvidadas o relegadas a mera anécdota o elemento accesorio en el relato histórico.

Hoy nos proponemos reescribir la historia mirando los acontecimientos y a los actores desde otro prisma, desde nuestra mirada desprovista de condicionamientos patriarcales, considerando a todos los actores como sujetos históricos y protagonistas de sus actos.

Esta perspectiva nos permite afirmar que sin ellas no hubiese sido posible la independencia, tal como lo expresaron en su día los considerados Libertadores de América: Simón Bolívar y José de San Martín.

Para hacer semejante aseveración nos basamos en que ellas estuvieron presentes en todos los escenarios, desde las tertulias donde se discutían los ideales ilustrados y se organizaban las conspiraciones revolucionarias hasta el campo de batalla donde empuñando las armas lucharon como un soldado más, a veces vestidas de hombre para ser aceptadas en el combate, dando muestras de una valentía y un coraje que la mentalidad coetánea consideraba virtudes únicamente masculinas.

Valiéndose de su supuesta debilidad y apatía política, destacaron como espías, organizaron redes de información en las que actuaban como correos proporcionando informes muy valiosos a los ejércitos patriotas que en muchas ocasiones salvaron sus vidas o determinaron sus victorias en los

enfrentamientos bélicos; difundieron las ideas emancipadoras mediante la palabra, la redacción de manifiestos y el poder de seducción entre las tropas realistas, consiguiendo en ocasiones la adhesión de regimientos enteros; acompañaron a las tropas patriotas ocupándose de la logística, instalando los campamentos, preparando los avituallamientos, cocinando, atendiendo a los heridos y enfermos, enterrando a los muertos, transportando alimentos, ropa y material bélico, reparando y cargando las armas; contribuyeron con la donación de dinero y joyas para la causa independentista, brindaron refugio a los insurgentes perseguidos; asumieron el sustento familiar ante la ausencia de los hombres integrantes de las tropas; desempeñaron rangos militares e intervinieron como estrategas políticas y militares. En suma, arriesgaron y dieron su vida, sin ninguna pretensión personal, sólo por la defensa de un ideal: la libertad.

En esta conferencia trazaremos la semblanza de cuatro mujeres: Juana, Leona, Policarpa, y Manuela, de diferentes orígenes y diferentes extracciones sociales, unidas por la causa de la libertad de su tierra y por el mérito de su contribución a la lucha emancipadora de sus respectivos países, lo que les otorga el derecho a figurar con letras mayúsculas en la historia de los mismos.

Sin embargo, todas ellas, patricias o humildes, blancas o mestizas no recibieron los laureles de la victoria alcanzada. Juana, la valiente guerrera, acabó sus días en el olvido y la miseria, Leona, la comprometida aristócrata y periodista, fue relegada a mero apéndice de su laureado marido, Policarpa, prototipo de la mujer del pueblo, murió en el cadalso, y Manuela, la apasionada transgresora de los convencionalismos sociales, fue vilipendiada y condenada al exilio y el olvido.

Nuestro propósito es que estos nombres sean reconocidos y permanezcan en nuestra memoria como el de aquellas mujeres que sacrificaron todo por conseguir su ideal de libertad e independencia de su tierras, darles la voz que la historia les negó y con ello reconocer la de otras muchas que, siendo menos relevantes o anónimas, lucharon por los mismos ideales y merecen los mismos honores.

**Juana Azurduy** (Chuquisaca, 12 de julio de 1780 – 25 de mayo de 1862)

El territorio donde intervino la primera de nuestras protagonistas, **Juana Azurduy**, fue el Alto Perú, donde se dio el primer grito libertario en la América Española, concretamente el 25 de mayo de 1809 en Chuquisaca, la ciudad donde nació Juana en 1780.

El Alto Perú pertenecía al Virreinato del Río de la Plata desde 1776 y es el territorio de la actual Bolivia.

Quedaban aún muchos años de lucha, más de 15, hasta derrotar definitivamente a las fuerzas realistas y firmar el Acta de Independencia, que dio origen a la República de Bolivia el 6 de agosto de 1825.

En ese intervalo se sucedieron las incursiones de tres expediciones auxiliares del ejército argentino y la etapa de las republiquetas, donde Juana Azurduy recogió junto a otras mujeres altoperuanas el testigo de la lucha de las mujeres indígenas de finales del siglo XVIII, participantes en la rebelión de Tupac Katari y lideradas por Bartolina Sisa.

De sangre mestiza, pues era hija de Matías Azurduy, de origen español, y de Eulalia Bermúdez, chola chuquisaqueña.

Quedó huérfana de madre a los siete años y pocos años después de padre, quien la enseñó a cabalgar a galope, montando y desmontando con agilidad, fomentando su espíritu libre y rebelde, inclinado a la naturaleza y al mundo indígena.

A los 16 años ingresó como novicia en el convento de Santa Teresa de la ciudad de Sucre, aunque pronto lo abandonó y regresó a Toroca, donde recobró las costumbres de su niñez: los recorridos a galope, la camaradería con los cholos e indios, la práctica del quechua y el aprendizaje del aymara, la constatación de la cruda realidad de los más desfavorecidos, lo que generó en ella una toma de conciencia y un compromiso moral en la lucha contra la pobreza y la arbitrariedad sobre los oprimidos.

En 1802 se casó con Manuel Ascencio Padilla con quien tuvo cinco hijos y disfrutó en el comienzo de su matrimonio de una buena posición económica y social.

Ambos se comprometieron y apoyaron el levantamiento popular del 25 de mayo de 1809 en Chuquisaca, pero la rápida reacción realista provocó el fracaso de la Junta de Gobierno y la persecución de los implicados en la insurrección, entre los que se encontraba Manuel Padilla, quien huyó de la

ciudad para unirse posteriormente al ejército auxiliar argentino que se había adentrado en el altiplano.

Como consecuencia de las represalias realistas sus bienes y propiedades fueron confiscados y Juana y sus hijos fueron detenidos en una hacienda de extramuros, vigilada con el fin de apresar a Padilla, pero éste burló la trampa y consiguió rescatarlos, llevándolos a un refugio de difícil acceso en las alturas de Tarabuco.

Durante un año Juana, decidida a luchar, se ejercitó en el manejo de la espada y el lanzamiento de las boleadoras.

Junto a su marido reclutó voluntarios para unirse al segundo ejército auxiliar argentino que se había adentrado en el Altiplano, liderado por el general Belgrano.

Juana, apodada por los indios como la Pachamama<sup>1</sup>, infundió tal entusiasmo y tenía tal ascendente entre los indígenas, que logró reclutar miles de voluntarios, entre los que se contaba un número considerable de mujeres que posteriormente formaría el cuerpo de amazonas que le acompañó en las batallas.

Formó el batallón “Leales”, armado con hondas y macanas, disciplinado y valiente. Tras las sucesivas derrotas de las expediciones de auxilio argentinas, combatió con su marido en la “Guerra de las republiquetas”, instalando su refugio en La Laguna, posición de complicado acceso, ubicada en las serranías entre Chuquisaca y Potosí.

Su lucha se convirtió en una interminable marcha escapando y escondiéndose, seguidos de sus pequeños hijos sometidos a todo tipo de penurias.

En reconocimiento de numerosas muestras de valor, como la defensa de la hacienda de Villar con únicamente 30 fusileros o el rescate de su marido de manos de los realistas, el general Belgrano le obsequió su sable y en 1816 el gobierno de Buenos Aires le concedió el grado de Teniente Coronel del ejército argentino.

Su entereza y espíritu patriótico fueron puestos de manifiesto al enfrentarse a la pérdida de sus cuatro hijos, víctimas de las inclemencias y el hambre, y combatir embarazada de su quinta hija.

Su intrepidez, energía y determinación se revelaron al rescatar del pueblo de la Laguna el cadáver de su esposo, expuesto por los realistas después de matarlo en la batalla del Villar el 14 de septiembre de 1816.

Poco después, Juana, debido a la precaria situación de la guerrilla altooperuana, se unió a las tropas gauchas del líder salteño Martín Miguel de Güemes, tras cuya muerte en 1821 se disolvió la guerrilla del norte y no pudo regresar a su tierra por falta de recursos.

Vivió en Salta reclamando a las autoridades altooperuanas instaladas tras la independencia de Bolivia, la restitución de sus bienes confiscados, hasta que en 1825 el gobierno salteño le concedió dinero y 4 mulas para su regreso.

En su casa de La Plata recibió la visita de Sucre, nombrado presidente vitalicio de Bolivia, y Bolívar, quien le expresó su reconocimiento, la ascendió a Coronela y le concedió una pensión de 60 pesos, que Sucre aumentó a cien, pero que el gobierno de José María Linaires le quitó en 1857.

Despojada de su pensión, pasó sus últimos años olvidada, en compañía de su hija, falleciendo en 1862, a los casi 82 años, en la mayor pobreza, siendo enterrada en una fosa común.

El compromiso político de esta mujer independiente, brava, fuerte, colosal, apodada Santa Juana de América, anteponiendo sus ideales patrióticos a los intereses personales constituye un ejemplo de la lucha que llevaron a cabo muchas mujeres independentistas.

### **María de la Soledad Leona Camila Vicario Fernández de San Salvador** (Ciudad de México, 10 de abril de 1789 - 21 de agosto de 1842)

Leona Vicario fue una de las mujeres que más colaboró en el proceso independentista del Virreinato de Nueva España, el cual comenzó a gestarse en 1808 y se manifestó en el Grito de Dolores, comienzo oficial de la guerra de independencia mexicana, ocurrido la madrugada del 16 de septiembre de 1810.

Fue un intento revolucionario que concluyó con el fusilamiento en julio de 1811 de los dos caudillos del movimiento, Hidalgo e Ignacio Allende.

Tras diversas etapas concluyó con una independencia pactada, encabezada por el militar realista Agustín de Iturbide, cuyo Acta se firmó el 28 de septiembre de 1821.

---

<sup>1</sup> Pachamama: La madre de la Tierra

En 1822 Iturbide fue proclamado emperador con el nombre de Agustín I, pero diez meses más tarde fue depuesto por una rebelión dirigida por Antonio López de Santa Anna, proclamándose la República Mexicana.

Leona tenía dos hermanas de padre, pero era hija única del español Gaspar Vicario, regidor perpetuo de la Ciudad de México, de familia de gran abolengo, y de su segunda esposa Camila Fernández de San Salvador, natural de Toluca, descendiente de la nobleza alcohua.

Desde muy niña mostró un carácter abierto, intrépido, ávido de aventuras y sed de conocimientos, soñadora, con una imaginación sin límites, fomentada por sus lecturas.

Pronto quedó huérfana de padre y posteriormente de madre, muerta de fiebres contagiosas en septiembre de 1807, cuando Leona tenía 19 años.

Quedó bajo la tutoría de su tío materno, Agustín Pomposo Fernández de San Salvador, abogado, oidor y rector de la Universidad, incondicional de Fernando VII.

Sin embargo, Leona, influenciada por las lecturas ilustradas, se inclinaba por la autonomía de Nueva España, en tal grado que en 1808 comenzó a frecuentar tertulias donde se conspiraba a favor de la autonomía y se reunían muchos de los componentes de la futura Orden de los Guadalupe, que establecería una red de correos en la que se integró Leona.

En ese mismo año conoció a un joven yucateco, Andrés Quintana Roo, contratado como pasante de abogacía en el bufete de su tío, con el que Leona compartió desde un principio las ideas autonomistas y el amor. Leona lo introdujo en las tertulias del grupo de autonomistas, donde se fueron comprometiendo cada vez más profundamente con la causa.

Fue una mujer que puso su gran fortuna a disposición de la causa patriota, poniendo en peligro su bienestar y seguridad, participando incansablemente en la consecución de sus ideales patrióticos, siendo el eslabón principal de la red de correos clandestinos de los Guadalupe, vendiendo joyas y otras pertenencias para financiar la causa, remitiendo dinero a los insurgentes, enviando informes en clave que luego se publicaban en el Ilustre Americano de Tlalpujahua y convenciendo a los principales armeros vascos para que fabricasen armas para los patriotas.

Por sus actividades clandestinas fue internada en el Colegio de Belén, donde su férrea voluntad fue puesta a prueba por los persistentes interrogatorios de la Inquisición, que no lograron que delatase a ninguno de los insurgentes.

Permaneció incomunicada hasta el 22 de abril de 1813, cuando fue rescatada por tres insurgentes enviados por López Rayón. Desde entonces su vida se convirtió en un peregrinar hasta el logro de la independencia.

Después de varias semanas oculta en una finca de las afueras de la Ciudad de México, salió de la ciudad burlando la vigilancia de las garitas, disfrazada de negra harapienta y, después de largas jornadas de peregrinaje, llegó a Oaxaca, donde estaba Carlos María de Bustamante, amigo de Leona, a quien Morelos le había encargado la organización del ejército y la publicación de "El Correo Americano del Sur", diario en el que Leona comenzó a colaborar.

Es por lo que, unido a otras participaciones en periódicos insurgentes, se le asigna a Leona el honor de haber sido la primera periodista de la historia de México.

Tras un breve período en Oaxaca, nuevamente emprendió la marcha, esta vez en compañía de Bustamante y hacia Chilpancingo, donde en septiembre de 1813 se había establecido el Congreso de Anáhuac, con representación de las provincias mexicanas.

Allí llegó en octubre después de un accidentado periplo atravesando la sierra y pudo reunirse con su enamorado Andrés Quintana Roo, diputado del Congreso, con quien se casó el 6 de noviembre, el mismo día que el Congreso proclamó la independencia de México.

Pronto se puso de nuevo en camino pues en enero de 1814 el Congreso salió huyendo de Chilpancingo ante el acoso del ejército realista. En este peregrinar de un lugar a otro dio a luz en una cueva a su primera hija, Genoveva. Hasta 1820 el virrey no les permitió regresar a la capital, donde Andrés pudo ingresar en el colegio de abogados, lo que les permitió estabilizar su vida y prueba de ello fue el nacimiento de su segunda hija, Dolores, un año después, poco antes de la entrada en la ciudad de México del ejército Trigarante, que proclamó la anhelada independencia de México.

Leona fue compensada por la contribución económica a la causa independentista por el triunvirato que sucedió a Iturbide con una hacienda pulquera y agrícola en Ocoatepec y una casa en la calle de los Sepulcros de Santo Domingo en la Ciudad de México.

Durante los años siguientes se dedicó a reconstruir su casa y administrar la hacienda mientras Andrés se involucraba cada vez más en la política nacional.

En 1827 la ciudad de Saltillo adoptó el nombre de Leona Vicario en agradecimiento a su contribución a la independencia.

Cuando parecía que su vida transcurría en la placidez del espacio privado reservado a toda mujer post-independentista, Leona apareció de nuevo en la esfera pública, interviniendo en algunos acontecimientos políticos y afilando su pluma para defenderse de las acusaciones de que fue objeto en la prensa del régimen, erigiéndose en la defensora de la dignidad y la autodeterminación de la mujer.

Puesto en entredicho su patriotismo por el ministro Carlos Alamán, quien la acusó de haberse unido a la insurgencia movida sólo por amor a su marido, Leona contestó desde las páginas del diario “El Federalista Mexicano”, en los siguientes términos:

*“Confíese Ud. Sr. Alamán, que no sólo el amor es el móvil de las acciones de las mujeres: que ellas son capaces de todos los entusiasmos, y que los deseos de la gloria y de la libertad de la patria no les son unos sentimientos extraños; antes bien, suele obrar en ellas con más vigor, como que siempre los sacrificios de las mujeres son más desinteresados, y parece que no buscan más recompensa de ellos que la que sean aceptados...”<sup>2</sup>*

Una década después, la incansable y luchadora Leona enfermó gravemente y dejó de existir el 21 de agosto de 1842, en su casa de la calle de los Sepulcros.

El presidente Santa Anna le rindió funerales de estado y la nombró Madre Benemérita de la Patria.

Sus restos fueron depositados en el panteón de Santa Paula, pasando en 1900 a la Rotonda de los Hombres Ilustres junto a los restos de su marido, para finalmente ser trasladados en 1925 a la Columna de la Independencia.

Con motivo del bicentenario de la independencia, en muchos lugares se han rendido homenajes (exposición en su casa de documentos, retratos y pinturas, actos conmemorativos...) a esta mujer patriota, valiente, firme de convicciones, “orgullo de su sexo y gloria de su patria”<sup>3</sup>, que rompió

esquemas y tradiciones y sobre todo reivindicó con su pluma y su comportamiento la autodeterminación de su género.



*En la imagen: Doña Ana Belén García, ponente; Don Valentín Martínez-Otero, y Don Andrés Menéndez, Presidente y Presidente Adjunto del Centro Asturiano de Madrid, respectivamente.*

<sup>2</sup> Carta de Leona Vicario a Lucas Alamán, 26 de marzo de 1821, *El Federalista Mexicano*

<sup>3</sup> Así la llamó el político, periodista e historiador Carlos María de Bustamante

**Policarpa Salavarrieta** (26 de enero de 1795 – 14 de noviembre de 1817)

La siguiente de nuestras mujeres destacadas nació, luchó y murió en el Virreinato de Nueva Granada, que tras la independencia dio origen a las tres repúblicas actuales de Colombia, Venezuela y Ecuador.

El primer levantamiento contra el régimen colonial ocurrido en el Virreinato fue el de Quito en agosto de 1809. En el territorio de la actual Colombia, a lo largo de 1810 se sucedieron los movimientos insurreccionales. El 20 de julio le tocó el turno a Santa Fé de Bogotá, la capital del Virreinato, donde se formó una Junta de Gobierno, controlada por los principales criollos santafesinos, que en nombre de Fernando VII se encargaría de ejercer el poder político.

Tras un período caracterizado por las disputas entre los independentistas (federalistas y centralistas) para definir la forma de gobierno que debía tener el nuevo territorio, conocido como la Patria Boba, las fuerzas realistas, lideradas por el español Pablo Morillo, emprendieron la reconquista del virreinato, estableciendo el régimen del terror y constituyendo nuevamente en 1817 la Real Audiencia de Santa Fé a la vez que se restablecía el Virreinato, con el nombramiento de Juan Sámano como virrey.

Dos años después, en agosto de 1819, el ejército patriota capitaneado por Bolívar, tras cruzar la cordillera de los Andes, logró la decisiva batalla de Boyacá y con ello el sello de la independencia de Colombia.

Paralelamente a los acontecimientos militares se desarrolló una intensa actividad política representada a partir de febrero de 1819 por el Congreso de Angostura donde se creó la Gran Colombia, integrada por Venezuela, Cundinamarca y Quito y se proclamó a Bolívar como presidente de la República.

En el desarrollo de estos episodios descuella la actividad de **Policarpa Salavarrieta**, conocida con el sobrenombre de “La Pola”, natural de Guaduas, hija de Joaquín Salavarrieta, participante en el movimiento de los comuneros en 1781, dedicado a la agricultura y al comercio.

Era la quinta de nueve hermanos. La mayoría de sus biografías establecen su fecha de nacimiento el 26 de enero de 1795, aunque no se ha encontrado su partida de nacimiento. Residió con su familia en Santafé de Bogotá cuando quedó huérfana en 1802, a causa de una epidemia de viruela que asoló la ciudad y provocó la muerte de sus padres y de dos hermanos.

Esta desgracia desmembró a la familia. La Pola, junto a su hermana mayor, Catarina, y su hermano menor, Bibiano, regresó en 1804 a Guaduas, donde ya adolescente ejerció de costurera y conoció a Alejo Sabaraín, natural de Honda, criollo de familia acaudalada, que se convirtió en su novio y en un destacado patriota con el que la Pola compartió los ideales independentistas. Influida probablemente por el pasado comunero de su padre, La Pola se contagió muy pronto del ambiente entusiasta patriota que inundaba el virreinato de Nueva Granada a partir sobre todo de la expulsión de los virreyes en Santafé.

En enero de 1812 se trasladó a Santafé donde comenzó a trabajar de costurera en las principales casas de la ciudad. Al tiempo que iniciaba su colaboración a favor de la causa de Antonio Nariño, presidente de Cundinamarca y partidario del centralismo, participando en la defensa de la ciudad, asediada por las fuerzas federalistas.

Con otras mujeres confeccionó uniformes para los soldados y correajes para los animales, se dedicó a la limpieza de armas y preparación de comida así como a la distribución de alimentos y mensajes en las trincheras y a la tarea de infundir ánimo a las tropas, logrando una victoria centralista el 9 de enero de 1813.

A finales de ese año la Pola volvió a Guaduas, donde parece ser que se dedicó a la enseñanza y a destilar aguardiente que enviaba a las tropas patriotas.

En 1815 Guaduas cayó bajo el dominio de los realistas y Policarpa mostró abiertamente su rechazo colaborando clandestinamente con los hermanos Almeida, líderes de una de las guerrillas que se formaron para luchar contra el régimen del terror.

A principios de 1817, sus movimientos clandestinos la obligaron a huir de Guaduas con un pasaporte falso a nombre de Gregoria Apolinaria, acompañada de su hermano Bibiano, e instalarse en Santafé. Allí Policarpa desplegó toda su actividad revolucionaria, convirtiéndose en pieza fundamental de la resistencia patriota.

Valiéndose de su empleo como costurera en las casas de las familias acomodadas de la ciudad, actuaba de espía proporcionando información muy valiosa sobre la composición y movimientos de las tropas realistas a los jefes patriotas, recaudaba fondos para sostener la lucha entre las familias importantes partidarias de la independencia, persuadía a los soldados

realistas para abandonar sus filas y enrolarse en las patriotas, compraba armas y municiones para la guerrilla asentada en los Llanos de Casanare, destilaba aguardiente, recolectaba víveres y todo tipo de recursos con destino a los combatientes y, sobre todo, estimulaba el patriotismo con su entusiasmo.

Su participación en la fuga de los hermanos Almeida, capturados y encarcelados por Juan Sámano, y la detención de Alejo Sabaraín en compañía de otros 7 patriotas, delataron su actividad y provocaron su arresto el 10 de noviembre, tras el cual fue encarcelada en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, acusada de infidencia <sup>4</sup> y condenada a pena de muerte en consejo de guerra, instruido por orden del general Sámano, contraviniendo el procedimiento que asignaba a la Real Audiencia el juicio de los civiles.

Fue fusilada el 14 de noviembre, en compañía de Sabaraín y de 7 patriotas más, juzgados por los delitos de traición a la Corona y al Rey.

Fue abatida por 6 balas después de reconvenir al pueblo, reprochándole su pasividad ante las crueles medidas tomadas por los realistas.

*"Pueblo de Santafé ¿cómo permites que muera una paisana vuestra e inocente? Muero por defender los derechos de mi patria. Dios Eterno, ved esta justicia"*

Y de alentar su lucha dirigiéndole estas palabras:

*"¡Pueblo indolente! ¡Cuán distinta sería hoy vuestra suerte si conocierais el precio de la libertad! Pero no es tarde. Ved que, mujer y joven, me sobra valor para sufrir la muerte y mil muertes más. ¡No olvidéis este ejemplo!"*

*"Miserable pueblo, yo os compadezco; ¡algún día tendréis más dignidad!"<sup>5</sup>*

---

<sup>4</sup> Los considerados traidores a la Corona española eran sometidos a juicios de infidencia.

Infidencia según el Diccionario de la Real Academia Española de la Lengua significa Violación de la confianza y fe debida a alguien.

<sup>5</sup> Palabras de La Pola al pueblo de Santafé

Esta recriminación pronunciada ante el pelotón de fusilamiento muestra el firme compromiso político, el coraje y la furia ante la muerte de una mujer que se convirtió inmediatamente en un mito, capaz de infundir el valor y la intrepidez necesaria en el pueblo para continuar la lucha independentista en plena etapa del terror.

Su discurso desafiante, su comportamiento valiente y su actitud provocadora e inconformista, conmovieron a la población y elevaron el patriotismo.

Todo ello y las circunstancias que rodearon su muerte la convirtieron en la heroína mártir, el símbolo de la resistencia, sobre la que se escribieron dramas, sonetos y canciones.

A lo largo de los años se desarrolló un culto hacia su persona editándose sellos conmemorativos, billetes y monedas con su imagen.

En 1890 se editó en Colombia, la novela histórica Policarpa, de Constancio Franco.

A finales de siglo XIX, para conmemorar el centenario de su nacimiento, fue inaugurado un monumento en Guaduas y, en 1910, otro en Bogotá.

En 1967, en honor del aniversario de su muerte, el Congreso de Colombia declaró el 14 de noviembre como Día de la Mujer Colombiana.

**Manuela Sáenz Aizpuru** (Quito, Ecuador, 27 de diciembre de 1797 – Paíta, Perú, 23 de noviembre de 1856)

Nació en Quito, el 27 de diciembre de 1797, fruto de la relación extramatrimonial de su padre Simón Saenz de Vergara, español y regidor de la Audiencia de Quito, con su madre, Joaquina Aizpuru, quiteña de familia americana.

En aquel tiempo el territorio actual del Ecuador correspondía a la Audiencia de Quito, perteneciente al virreinato de Nueva Granada desde 1739.

Los ideales revolucionarios propagados entre las élites quiteñas de comienzos de siglo cristalizaron el 9 de agosto de 1809 en la casa de Manuela Cañizares, cuando un grupo de patriotas organizó la Junta Soberana de Gobierno que se formará al día siguiente, tras la destitución de las autoridades españolas.

Inmediatamente se produjo la reacción de los virreyes del Perú y de Nueva Granada, que enviaron expediciones militares para disolver la Junta de Gobierno y dominar la sublevación quiteña.

En octubre las tropas realistas peruanas lograron recuperar el control desencadenando una oleada de persecución contra los patriotas ecuatorianos que fueron apresados u obligados a huir. Desde entonces, salvo un breve lapso de tiempo de dominación patriota, la restauración realista fue efectiva hasta que en 1822 se consiguió la liberación de Quito, gracias al triunfo el 24 de mayo del ejército patriota, comandado por el lugarteniente de Bolívar, Antonio José de Sucre, en la famosa batalla de Pichincha.

Poco más de año y medio antes, el 8 de noviembre de 1820, se había proclamado el nacimiento de la Provincia Libre de Guayaquil.

Ambos territorios, Quito y Guayaquil, pasaron a formar parte de la federación de la Gran Colombia hasta 1830, cuando ésta se escinde y se constituyen en República del Ecuador.

En este largo y complejo proceso que duró más de dos décadas, muchas mujeres tuvieron una actuación significativa, sobresaliendo entre todas ellas Manuela Sáenz, cuya niñez estuvo marcada por la muerte de su madre y su condición de hija ilegítima.

Se educó en el Monasterio de las monjas Conceptas y mantuvo estrecha relación con su padre y su madrastra, a quien llamaba “mamacita”, quien le inculcó el gusto por la lectura, convirtiéndose en una ávida lectora de los autores clásicos.

Tenía un carácter fuerte y decidido, contrario a cualquier norma. Desde muy joven definió su pensamiento a favor de los ideales independentistas asistiendo a reuniones secretas con otros jóvenes patriotas quiteños.

Su padre le concertó un matrimonio de conveniencia con el comerciante inglés James Thorne, un hombre frío, solemne, aburrido, que le doblaba la edad y con el que Manuela nunca tuvo ninguna afinidad.

Tras su matrimonio en junio de 1817 se instaló en Lima, donde comenzó a involucrarse en la lucha independentista con los patriotas peruanos, acudiendo a las tertulias revolucionarias, a las que asistía también la guayaquileña Rosa Campuzano, con la que pronto entabló una estrecha amistad.

Su compromiso definitivo con la causa revolucionaria comenzó en 1819 y la llevó a buscar recursos para su financiación, a actuar de espía, servir de correo y conspirar contra el gobierno colonial, contribuyendo con su

persuasión al cambio del batallón realista Numancia, del que formaba parte su hermano de padre, José María, hacia las filas patriotas.

Por sus actividades proindependentistas, el general José de San Martín, tras tomar Lima y proclamar su independencia en julio de 1821, le concedió el título de "Caballera del Sol" de la Orden El Sol del Perú, máximo galardón creado por “El Protector”<sup>6</sup> para premiar la contribución a la independencia.

A principios de 1822 llegó a Quito con el fin de reclamar a su tía materna Ignacia Aizpuru la herencia de su abuelo, lo que fue un pretexto para separarse definitivamente de su esposo y poner fin a un matrimonio desdichado, marcado no sólo por la diferencia de edades, sino también de caracteres.

Aprovechó su estancia en Quito para participar en los preparativos de la batalla de Pichincha, asistida por sus dos leales sirvientas, Nathán y Jonathán, averiguando e informando a los patriotas sobre las posiciones, estrategias y baluartes de los realistas, pero sin participar en la batalla, pues no fue considerada su solicitud.

Intervino en la preparación del recibimiento al general Simón Bolívar, quien entró triunfalmente en Quito el 16 de junio de 1822, fecha trascendental en la vida de ambos, pues a partir de entonces Manuela se convirtió en amante y compañera de lucha del Libertador durante 8 años, hasta la muerte de éste en 1830.

Consagró todas sus cualidades a la campaña de Bolívar: inteligencia, energía, tenacidad, capacidad de liderazgo, conciencia americanista, vehemencia, perspicacia para adelantarse a los acontecimientos, habilidad estratégica y diplomacia.

En 1823 acompañó al Libertador a Perú, donde participó activamente en varias campañas militares, destacando por su valor y eficiencia organizativa, incorporándose al Estado mayor del general, asumiendo la secretaría de la Campaña Libertadora y encargándose del archivo personal de Bolívar a la vez que servía de espía en su propio entorno gracias a su sagacidad, lo que le permitió averiguar la desafección de personajes como Francisco de Paula Santander.

---

<sup>6</sup> “El Protector”: Título otorgado a San Martín por Decreto de 3 de agosto de 1821 tras la proclamación de la independencia del Perú, el 28 de julio de ese mismo año.

En la batalla de Junín, el 6 de agosto de 1824, participó activamente rescatando, curando heridos y enterrando a los muertos con tal muestra de valor que fue ascendida al grado de Capitán de Húsares.

A finales de año, el 9 de diciembre de 1824, contraviniendo la orden de Bolívar de mantenerse alejada del enfrentamiento con el enemigo, combatió en la batalla de Ayacucho, bajo las órdenes de Antonio José de Sucre, quien, destacando su actuación, le sugirió al general su ascenso a Coronela del Ejército Libertador. Residió en Lima mientras Bolívar creaba el nuevo estado de Bolivia, idea original de Manuela, según palabras del propio Libertador, pero, poco después, acusada de extranjera y deportada del Perú, se trasladó a Santafé de Bogotá, donde defendió el proyecto bolivariano de unidad americana, actuó de consejera en los momentos más difíciles, descubrió varios complots contra Bolívar, lo que le permitió salvarle la vida en varias ocasiones, sobre todo en la acontecida en septiembre de 1828, cuando, gracias a su valiente intervención, frustró un intento de asesinar al Libertador, razón por la que a partir de entonces se la apodará como "La Libertadora del Libertador", apelativo que le dio el propio Bolívar. Tras la muerte del Libertador en diciembre de 1830 fue expulsada de Colombia. Partió hacia el exilio, despojada de sus bienes, en la isla de Jamaica desde donde intentó regresar a su tierra en 1835, pero su pasaporte fue revocado por el presidente de Ecuador, Vicente Rocafuerte. Por ello decidió instalarse en el pueblo de Paíta, al norte del Perú.

Durante los siguientes 21 años se dedicó para sobrevivir a la venta de tabaco, a hacer bordados y dulces por encargo y a traducir y escribir cartas a los Estados Unidos de parte de los balleneros que pasaban por la zona, pero su tarea fundamental fue la defensa y custodia de la correspondencia de Bolívar, símbolo de sus ideales de libertad y del sueño de unidad en una gran nación americana.

Allí, en aquel pueblo perdido, sobrevivió hasta que el 23 de noviembre de 1856 murió víctima de una epidemia de difteria que azotó la región.

Su cuerpo fue sepultado en una fosa común y todas sus posesiones fueron incineradas.

El 22 de mayo de 2007, en el marco de la conmemoración de la batalla de Pichincha, el presidente de Ecuador, Rafael Correa, le concedió el rango de Generala de la República de Ecuador.

En 2010, con motivo de la celebración del bicentenario, ha sido objeto de varios homenajes: En Venezuela se estrenó la película "Manuela Sáenz. La libertadora del libertador" y se hizo un traslado simbólico de sus restos, depositándolos por los mandatarios ecuatoriano y venezolano en el panteón nacional de Venezuela, donde reposan los restos del Libertador.

En este acto se evidenció la conciencia e identidad americanas de esta mujer que declaró *"Mi país es el continente de América. He nacido bajo la línea del Ecuador"*, lo que Pablo Neruda recordó en los versos que le dedicó a su muerte en "La insepulta de Paíta":

*"Es Manuelita que cruzó las calles cansadas de Lima,  
La noche de Bogotá, la oscuridad de Guayaquil,  
El traje negro de Caracas  
Y desde entonces es de día"*

Hoy queremos hacer justicia histórica a una mujer que se adelantó a su época, que transgredió las barreras impuestas a su género, que brilló en una esfera reservada a los hombres, tanto como militar, como política o como ideóloga, y que precisamente por ello fue desterrada, vilipendiada, tachándola de forastera o prostituta, borrada de la historia o recordada en un papel secundario, como amante del Libertador o en el mejor de los casos como Libertadora del Libertador, cuando por sus actos, su personalidad y sus ideales tiene un protagonismo propio y debe ser reivindicada por lo que fue, una amante de la Libertad y una auténtica Libertadora.

